

algo de nuestros esfuerzos, si la causa de la humanidad debe sobreponerse en nuestra patria, si en esta época sin fe pueden renacer y hacerse lugar algunos sentimientos religiosos, será á condicion de que caiga el miserable, el traidor, el seductor de la juventud, el infame Kotzebüe. Mientras no haya yo ejecutado la obra que he resuelto, ya no disfrutaré reposo alguno. Señor, á tí que sabes he consagrado mi vida á esta accion grande, hoy que se ha fijado en mi imaginacion, no tengo mas que pedirte que la verdadera firmeza y el valor del alma. »

El jóven fanático que hacia de este modo á Dios, no solo el cómplice, sino aun el instigador de un asesinato, era Karl Ludwig Sand.

Habia nacido el 3 de octubre de 1795, en Vonsiedel, y sus padres eran Godofredo Cristóbal Sand, primer presidente y consejero de policia del rey de Prusia, y Dorotea Juana Wilhelmina Schapf, su mujer; tenia por consecuencia veintidos años escasos.

El haberse librado como por milagro de muchos peligros durante su juventud, habia hecho decir á algunos que estaba predestinado.

Predestinacion fatal que le vamos á ver llevar á cabo.

## MANHEIM.

Estaba decidido que yo no viese en Maguncia mas que su estatua de Guttemberg; llegué allí á las dos de la noche en la diligencia, y volví á partir á las seis en el buque de vapor.

Desde Maguncia hasta Strasburgo, las orillas del Rhin cesan completamente de ser pintorescas, y no tienen ya otros atractivos que los recuerdos históricos de los Romanos y de los tiempos de Julio César y Carlo-Magno. Los antiguos castillos han desaparecido, pero quedaban aun las antiguas catedrales, y lo menos que puede hacerse por Worms y por Spira, es efectivamente nombrarlas al pasar por delante de ellas.

Manheim, á donde ibamos, está situado á mitad del camino, entre esas dos ciudades, á un cuarto de legua del Rhin. El buque de vapor nos dejó, á



atacado de locura. Hé aquí una de las que difundidas por la universidad excitaron la hilaridad de sus camaradas.

Un día Sand, oyendo subir la escalera á un amigo suyo, cogió un cuchillo de papel y permaneció arrimado á una mesa; y en el momento en que el amigo abría la puerta, se lanzó sobre él y le dió con la punta del cuchillo en el rostro. El amigo, ignorando si aquella era una amenaza ficticia ó real, intentó parar el golpe con las dos manos. En el mismo instante, Sand le hirió en el pecho; despues, con la mayor tranquilidad:

— Ves, le dijo, cuando se quiere matar á un hombre, hé aquí cómo se hace: se amenaza al rostro, él hace como tú has hecho; se lleva á él las manos, y entonces se le hunde el cuchillo en el corazón.

Tres meses despues estaba explicado el enigma con una palabra sangrienta! — Kotzebüe.

A fines de febrero, anunció Sand, que para un corto viaje de familia, iba á dejar la universidad. En fin, el 7 de marzo invitó á todos sus amigos á pasar la noche con él, y les anunció su partida para el 9. Le propusieron todos acompañarle dos ó tres leguas, pero Sand, temiendo que aquella demostracion, por inocente que fuese, les comprometiese mas tarde, no admitió, y se despidió de ellos aquella misma noche.

Habiendo quedado solo Sand, escribió á su familia esta extraña carta:

A TODOS LOS MIOS.

« Almas leales y eternamente queridas,

» ¿ Porqué aumentar aun vuestro dolor? me pregunté. Yo vacilaba en escribiros. Pero la religion del corazón hubiese sido sorda con mi silencio. Sal, pues, de mi pecho lleno de angustias! ¡ Adelante, cruel y prolongado tormento de una última conversacion, pero lo único que queda sin embargo, cuando es necesario dulcificar la pena de la partida!

» Esta carta, ¡ oh madre mia! ¡ oh padre mio! ¡ oh hermano mio! ¡ oh hermanas mias! os lleve el último adios de vuestro hijo y de vuestro hermano.

» La mayor desgracia de la vida para todo corazón generoso, es ver la causa de Dios detenida en su desarrollo por culpa nuestra... y la mas deshonrosa infamia seria sufrir que las bellas adquisiciones obtenidas valientemente por miles de hombres, y por las que millares de hombres se han sacrificado con júbilo, no sea mas que un sueño pasajero, sin resultados reales y positivos. La resurreccion de nuestra vida alemana se comenzó con los últimos veinte años, y especialmente en el



santo año de 1813, con un valor inspirado por Dios. Mas hé aquí que la casa paterna se estremece desde la cúpula hasta su base. ¡ Adelante ! levantémosla otra vez nueva y hermosa, y tal como debe ser el verdadero templo del verdadero Dios.

» Son en número muy pequeño los que intentan oponerse como un dique al torrente del progreso de la alta humanidad, en el pueblo alemán. ¿ Porqué han de doblegarse grandes masas al yugo de una perversa minoría ? ¿ Porqué, apenas curada, volver á caer en una enfermedad peor que la de que salimos ?

» Muchos de esos sobornan, y estos son los mas infames, y juegan con nosotros al juego de la corrupcion ; entre ellos, Kotzebüe es el mas diestro y el peor de todos, verdadera máquina de palabras de donde sale todo discurso detestable y todo pernicioso consejo... Su voz es hábil para separar toda animadversion y toda amargura de las mas injustas medidas ; tal como conviene á los reyes para adormecernos en el antiguo abandonado sueño, que es la muerte de los pueblos. Todos los días hace traicion á su patria, sin que á pesar de su traicion deje de ser un ídolo para la mitad de Alemania, que deslumbrada por él, acepta sin resistencia el veneno que destila en sus folletos periódicos, protegido y envuelto como está bajo el manto seductor de una gran reputacion de poeta. Excitados por

él los príncipes de Alemania que han olvidado sus promesas, no dejaron consolidar nada libre ni bueno, ó si algo que se le parezca se verificó á su pesar, se ligaron con los Franceses á fin de destruirlos. Para que la historia de nuestra edad no esté cubierta de una eterna ignorancia, es preciso que él caiga.

» Siempre lo he dicho, si queremos hallar un grande y supremo remedio al estado de abatimiento en que nos encontramos, es preciso que ninguno tema el combate ni el dolor ; y la verdadera libertad del pueblo alemán no se consolidará hasta que el bravo ciudadano se arriesgue por sí mismo al juego á que ha puesto, y cuando todo hijo de la patria preparado á la lucha por la justicia desprecie los bienes de este mundo, para no desear sino los bienes celestiales que están bajo la salvaguardia de la muerte.

» ¿ Quién pues herirá á ese miserable asalariado, á ese traidor cruel ?

» Hace largo tiempo espero en el temor, en la oracion y las lágrimas, yo que no he nacido para el asesinato, á que otro se me adelante, lo haga por mí, y me deje en fin continuar mi camino por el sendero suave y tranquilo que me he elegido. ¡ Y bien ! á pesar de mis oraciones y lágrimas, el que debe herir no se presenta ; en efecto, todos como yo, tienen el derecho de contar con otro, y



pensando todos así, cada hora de retraso empeora nuestra situación, porque de una hora á otra — ¡y qué vergüenza tan honda no sería para nosotros! — Kotzebüe impune puede dejar la Alemania é ir á devorar en Rusia su tesoro, á cuyo precio ha perdido su honor: ¿quién podrá garantirnos de esa vergüenza, si todos, si yo mismo no me siento con fuerza para salvar á mi querida patria, constituyéndome en el elegido de la justicia de Dios?

» ¡Así, pues, adelante!... Yo soy quien se lanzará valerosamente sobre él (no os asustéis), sobre él, sobre ese seductor inmundo; yo soy quien matará al traidor, á fin de que extinguiéndose su corruptora voz, cese de alejarnos de las enseñanzas de la historia y del espíritu de Dios. Un deber irresistible y solemne me impulsa á esta acción, desde que he reconocido á qué altos destinos puede llegar en este siglo el pueblo alemán; y desde que conozco al cobarde é hipócrita, el único que le impide llegar á él, ese deseo ha llegado á ser para mí, como para todo alemán que quiere el bien público, una severa y rigurosa necesidad. ¡Pueda yo, con esta venganza popular, indicar á todas las conciencias rectas y leales dónde existe el verdadero peligro, y salvar del grande y próximo peligro que las amenaza á nuestras asociaciones despreciadas y calumniadas! ¡Pueda yo en fin difundir el terror

sobre los pícaros y los traidores, y el valor y la fe sobre los buenos! los discursos y los escritos, á nada conducen; solo las acciones *pueden*.

» Yo obraré pues, y aunque impulsado violentamente contra mis dorados sueños del porvenir, no por eso tengo menos confianza en Dios; y aun espero gozar de una celeste alegría, despues que, como los Hebreos buscando la tierra prometida, vea trazado ante mí, en la oscuridad, el camino á cuyo extremo habré pagado mi deuda á la patria.

» Así pues, adios, corazones fieles. Ciertamente es dura esta pronta separación; ciertamente, vuestras esperanzas como mis deseos se han engañado. Sin duda os direis: sin embargo, gracias á nuestros sacrificios, habia él aprendido á conocer la vida, y á gustar de los goces de la tierra, y parecia amar profundamente el país natal y el humilde estado á que era llamado. Ay! sí, eso es cierto. Con vuestra protección, y gracias á vuestros innumerables sacrificios, el país natal y la vida me habian llegado á ser muy queridos; sí, gracias á vosotros, he penetrado en el Eden de la ciencia, y he vivido con la vida libre del pensamiento; gracias á vosotros, he mirado en la historia, y me he reconcentrado despues en mi conciencia para agarrarme á los sólidos pilares de la fe en el Eterno.

» Sí, yo debia atravesar dulcemente esta vida, como un predicador del Evangelio; sí, yo debia,



en mi fidelidad á mi estado, precaverme contra las tormentas de la existencia. ¿Pero bastaría esto para despreciar el peligro que amenaza á la Alemania?

» ¿Y vosotros mismos en vuestro amor infinito, no debeis por el contrario, impulsarme á arriesgar mi vida por el bien de todos?

» Que yo desconozca vuestro amor, ó vuestro amor sea para mí una consideracion ligera, no lo creais. ¿Qué me impulsaria, pues, á la muerte, si no fuera mi adhesion á vosotros y á la Alemania, y la necesidad de probar esa adhesion á mi familia y á mi país?

» Madre mia, tú dirás: ¡porqué he criado á un hijo á quien yo amaba y que me amaba, para el que he empleado mil cuidados y he pasado mil penas, el cual, con mis oraciones y mi ejemplo fué impresionable al bien, y del que debia, despues de mi larga y fatigosa carrera, recibir cuidados semejantes á los que le he prodigado!... ¿porqué me abandona ahora?

» O mi buena y tierna madre, sí, acaso vos direis eso; ¿pero la madre de otro no podría decir lo mismo? ¡y reduciré todo á palabras, cuando hay necesidad de obrar para el país! ¿Y si nadie quisiese obrar, qué seria de esta madre de todos que se llama Alemania?

» Pero no, esas quejas están lejos de tí, noble mujer, y si en esta hora, no se presentase nadie á

defender la causa de la Alemania, tú misma me impulsarias. Tengo delante de mí dos hermanos y dos hermanas, todos nobles y leales; ellos os quedarán, madre mia, y además, tendrán tambien por hijos á todos los hijos de Alemania que aman su patria.

» Todo hombre tiene un destino que debe cumplir; el mio está consagrado á la accion que voy á emprender. Aun cuando yo viviera todavía cincuenta años, no podría vivir mas feliz que lo he sido en estos últimos tiempos.

» ¡Adios, madre mia! Os recomiendo á la proteccion de Dios; concédaos él esa alegría que los infortunios no pueden turbar, conducid al punto á vuestros pequeños hijos, de los que tanto hubiese deseado ser su tierno amigo, á la cima de nuestras bellas montañas; que allí, sobre aquel altar elevado por el Señor mismo en medio de la Alemania, le consagren y juren tomar la espada luego que tuvieren fuerzas para sostenerla, y no dejarte hasta que todos nuestros hermanos estén reunidos por la libertad, cuando todos los Alemanes, teniendo una constitucion liberal, sean grandes ante el Señor, poderosos contra sus vecinos, y unidos entre sí.

» Que mi patria levante siempre sus miradas, dichosas, hácia tí, Padre Todopoderoso; caiga siempre tu bendicion abundantemente sobre sus mieses próximas á ser segadas, y sobre sus ejércitos dispuestos á combatir, y que reconocida á los



Jones de que la has colmado, sea siempre el pueblo aleman entre todos los pueblos el primero á levantarse para sostener la causa de la humanidad, que es tu imágen en la tierra.

» Vuestro eternamente adicto hijo, hermano y amigo.

» KARL LUDWI. SAND.

» Jena , 8 de marzo de 1819. »

Sand escribió está extraña carta en doces veces, mitad en la noche del 7 al 8, y mitad en la noche del 8 al 9. Cuando la terminó, escribió en el sobre : *A mis mas queridos y mis mas íntimos*, la colocó en el sitio mas á la vista del escritorio, se acostó, y se durmió como de costumbre. Al amanecer, habiendo tenido cuidado de coger la llave de la habitacion, se puso en camino, despues de haber reservado el recibo del alquiler de ella, por un semestre, pagando adelantados los dos primeros meses. Pasó por Erfurt y Henach. El 29 á las nueve de la mañana llegó á la cima de una pequeña colina, desde donde descubrió á Francfort. Aquí se detuvo un momento, como dijo despues él mismo, para buscar con los ojos el sitio donde seria su sepulcro.

Luego que llegó á Manheim, fué á alojarse Sand al Weinberg. Como de costumbre, le presentaron el registro, y se inscribió en él bajo el nombre de Enrique; despues se informó de la casa de Kotze-

büe, y como le dijesen que estaba situada frente á la iglesia de los Jesuitas, preguntó la letra y el número de la casa, á fin de no equivocarse.

Serian las diez y media cuando Sand llamaba á la puerta del consejero áulico. Kotzebüe habia ido al jardin del castillo, á dar su paseo de por la mañana. Sand pretextó un negocio urgente, hizo le indicasen la calle de árboles que preferia y fué en su busca. Pero sea que Kotzebüe dirigiese á otro sitio su paseo, sea que las señas que habian dado á Sand acerca del traje y el rostro de aquel á quien buscaba fuesen inciertas, no le encontró ó no le reconoció. Sand se paseó hasta las once y media. Entonces desesperando de encontrar á Kotzebüe en el parque, volvió á la fonda, resolviendo volver á su casa á la tarde.

Era la hora de comer; Sand se sentó á la mesa con una completa tranquilidad. La conversacion recayó sobre la teologia : Sand desenvolvió, comiendo con el mejor apetito, sus ideas acerca de la inmortalidad del alma, y habló con tan gran concision y tal elocuencia, que todos guardaron silencio para escucharle. Mas al punto, viendo el efecto que producía, Sand se detuvo y rompió pidiendo perdon por haberse apoderado así de la conversacion.

Despues de comer en mesa redonda, Sand subió á su habitacion; se cree que oró á Dios. A las tres



salió y tomó otra vez el camino de la casa de Kotzebüe.

El consejero daba en el mismo día una gran comida; mas habiendo sabido que un jóven habia ido y habia pedido con instancia hablarle, dió la orden, si se volvía á presentar aquel jóven, de que le hicieran entrar. Un momento despues entró Kotzebüe, Sand le dejó adelentarse como á los tres tercios de la habitacion, y como la puerta se habia cerrado tras él, renovó la escena que hemos referido, y sacando un puñal de su bolsillo, amenazó á Kotzebüe en el rostro. Kotzebüe se llevó á él las manos. Imediatamente le hundió la hoja en el pecho en toda su extension. El corazon estaba atravesado de parte á parte; Kotzebüe arrojó un débil grito y cayó.

Pero por débil que fuese aquel grito, su hija lo habia oido. Era una niña de seis años, una de esas encantadoras sirenas alemanas, con largos cabellos rubios, con traje blanco, y una cinta azul por cinturón, como las con que Rafael anudaba el talle de sus ángeles. La pobre niña vió á su padre tendido en el suelo; se arrojó sobre él, prorumpiendo en sollozos, y llamándole: « ¡Padre mio, padre mio! » Sand no pudo sufrir el espectáculo desgarrador de aquel dolor infantil, y presentándosele entonces su accion en toda su horrible desnudez, se hundió en el pecho hasta el mango el puñal aun todo bañado con la sangre de Kotzebüe.

Pero, con gran admiracion-suya, Sand quedó en pié; únicamente una nube sangrienta pasó por sus ojos, y entonces comprendió que iba á caer vivo en manos de los criados. El sentimiento instintivo de su conservacion pudo mas que la intencion decidida de matarse. Se volvió vacilante, abrió la puerta, se precipitó hácia la escalera, encontró una familia que iba á comer con Kotzebüe, y que viendo á un hombre todo ensangrentado y con un cuchillo en el pecho, se puso á dar grandes gritos, y se separó, en lugar de detenerle. Sand llegó pues á la calle; mas al poner el pié en el dintel de la puerta, vió á diez pasos soldados que iban á relevar la guardia del castillo. Sand creyó que acudian á los gritos y que le perseguian, acaso tambien sus piernas flaquearon; se arrojó de rodillas á cinco ó seis pasos de la casa, unió las manos, hizo en alta voz una corta plegaria, y sacando en seguida el puñal de su herida, se tiró otra puñalada junto á la primera, y cayó desmayado gritando:

— ¡Oh, Dios mio, recibe mi alma!

En cuanto á Kotzebüe, habia muerto.